

Desde esta declaracion, la ciudad de Puebla llevará el nombre de *Puebla de Zaragoza*.

El Ayuntamiento de la capital dictará las providencias que sean de su resorte para que las calles de la Acequia, donde vivió el general, y la recién abierta en el ex-convento de la Profesa, se llamen en lo sucesivo de *Zaragoza* la primera y del *Cinco de Mayo* la segunda."

—Declaro en nombre de los Estados Unidos Mexicanos
BENEFICIO DE LA PATRIA EN GRADO HEROICO
al General Ignacio Zaragoza.

Declaro que mereció el ascenso al empleo de general de división y se le considerará con tal carácter desde el día 5 de Mayo del corriente año, por los eminentes servicios que prestó a la nación en la guerra de independencia, y principalmente por el triunfo obtenido contra el día men-

Como nuestra herencia nacional, se debe a la hija de este ilustre ciudadano con la cantidad de CINCO MIL PESOS que se le entregará en diez anualidades y mientras esto no se efectúe se le seguirá una pensión anual de SEIS MIL PESOS cuyo pago se verificará en la ciudad de México en la proporción que los comisionados a la guarnición de la plaza en cuyo presupuesto quedará comprendido.
En los mismos términos se satisfará a la esposa madre del general, una pensión vitalicia de TRES MIL PESOS anuales y a las señoras sus hermanas, pensiones de las mismas clases, que a ellas también les serán anuales.

El espíritu del ejército de Oriente, después de haberse reunido a su general, despertó de nuevo su entusiasmo y se entregó a su actividad. Los generales de Don Carlos iban a la campaña con el río y la campaña; los soldados de Oriente se levantaban algunas repúblicas, eran coronadas en las riberas de un territorio y dadas por la noche una simpatía a la novicia una escuadrilla y de mano mas primorosa que un ramo de jazmines.

CAPÍTULO X.

De lo que pasaba el día 4 de Diciembre en la ciudad de Puebla de Zaragoza.

I.

Despertóse la nobilísima ciudad de Zaragoza la mañana del 4 de diciembre, último mes de ese año memorable de 1862, al son de los repiques, las dianas, las salvas de artillería y la detonación granada de los cohetes que saludaban al día en que el Presidente de la República debía hacer el reparto de las medallas con que el congreso de la Union condecoraba a los soldados de las Cumbres y 5 de Mayo.

Desde la muerte del nunca olvidado general Zaragoza, el general Gonzalez Ortega mandaba el ejército de Oriente, como el hombre mas prominente en la revolucion progresista.

Gonzalez Ortega representa la vida y el movimiento, así es que sus soldados siempre están alegres y dispuestos a romperse las cabezas con el que se les pone delante.

La animacion mas grande reina en sus campamentos, la fraternidad y el entusiasmo forman una atmósfera en la que se

agita aquella pléyade ambulante, participando de esa vida las ciudades y pueblos por donde atraviesa.

Ortega da á su ejército una entonacion romancesca, y donde va ese ejército, hay duelos, amoríos y serenatas; porque la galantería no está reñida con el soldado, por el contrario, su existencia es una mezcla de gustos y de pesares.

El soldado sabe que está siempre en la víspera de su muerte y trata de divertir sus últimos instantes.

Los generales de Don Carlos iban á la campaña con el rosario y la camándula; los soldados de Ortega, si llevaban algunas reliquias, eran cosechadas en las rejas de un locutorio y dadas por la monja mas simpática ó la novicia mas encantadora, y de manos mas primorosas que un ramo de jazmines.

El espíritu del ejército abatido por la pesadumbre de ver muerto á su general, despertó de súbito, sacudió su frente, acarició sus banderas y volvió á ponerse en guardia ante el invasor que engrosaba dia á dia su ejército con el contingente europeo.

I

Después de la noticia de la caída de Zaragoza la mañana del 18 de diciembre último tras de un año memorable de 1808, al

II.

Los habitantes de la capital, iguales á los de todo el mundo, reciben con entusiasmo el programa de una festividad y se aprestan á divertirse grandemente donde se les llama con una buena música y el espectáculo del bello sexo.

Los carruajes llegaban sin interrupcion á la ciudad de Zaragoza, y carros y ginetes y gente de á pié, inundaban las plazas y las calles, y se alojaba donde encontraba un lugar ocupado ó desocupado.

La mañana del dia á que se refiere nuestra historia, la multitud acudia á los cerros de Loreto y Guadalupe á visitar los sitios del combate, y la historia se encontraba muy maltratada por la inventiva fecunda de los narradores.

Habia alguno que al ver una calavera, decia al momento:

—Esta es, sin duda alguna, de un zuavo.

Otro guardaba una rama, una piedra para su museo histórico, y todos deseaban alguna memoria de aquel sitio.

Habia tanto testigo *presencial* que nada habia visto, que los soldados se quedaban con la boca abierta al oír contar detalles de la jornada del 5 de Mayo.

Entre los grupos que acudian á Loreto, iba nuestro antiguo amigo el Sr. de Torre-Mellada con su compañía de *retirados*, explicando el por qué los franceses habian sido derrotados cuando Zaragoza estaba perdido momentos ántes de comenzar el combate.

—Si Laurencez, decia el inválido, en vez de atacar por el punto *h*, lo hace por el punto *z*, seguramente toma los cerros.

—Señor compañero, objetó un harapo del primer imperio, el lado *m* no es vulnerable en el polígono *f g h*, y si *r* se compara con *m*---

—Ni *emes* ni *erres*, dijo un soldado, donde *pintaba* mi general Zaragoza nadie *borraba*, y es cuanto.

Enrojeciósse el rostro del inválido, pero guardó silencio, temiendo que el soldado lo despabilara de un bayonetazo.

—Decia, continuó Torre-Mellada, que el ascenso de la montaña es muy difícil.

—Ya, dijo un compañero, y se aumenta la dificultad cuando lo reciben á uno á punta de lanza y rocío de metralla.

—Ya, ese es un pequeño espectáculo.

—No tan pequeño, volvió á decir el soldado, porque ese dia llegaron hasta arriba y bajaron mas aprisa que volando.

—Ya, pero eso era natural, los franceses no son de hierro.

—Y aunque lo fueran, ya tenian para haberse fundido con nuestras balas.

—Ya, pero eso sucede en todas partes, esos hombres no son de todo punto invencibles, ni se empeñaban en salir triunfantes.

—Lo prueba la carrera que pegaron por estas mismas piedras.

—Ya, pero eso de correr es muy lógico, cuando no hay otro partido que tomar.

—Es que había otro, y hubiera tomado mi general Zaragoza el de morir matando.

—Ya, pero eso no es tan sencillo, porque eso de morir tiene sus puntos y sus comas.

—Eso sería el año de 28, señor mío.

—Ya, pero hoy ha variado la situación.

El inválido, que estaba trémulo de coraje con aquel diálogo, estalló al fin diciendo á su compañero:

—Si vuelve vd. á decir *ya*, le doy á vd. tan soberano muletazo que le parto el bautismo.

—De todo se molesta vd., parece que vengo tutoreado, según se impone con su infernal carácter.

—Como que ya estoy frito de oírle á vd. tanta barbaridad.

—Ya, el bárbaro será vd.

—Cómo es esto, señor tunantuelo?

—Como lo oye vd., señor brigadier!

Iba á emprenderse otra de zuavos y zacapoaxtlas, cuando los otros amigos se interpusieron y todo concluyó en satisfacciones y caravanas.

III.

En la plaza principal de la ciudad se colocó un templete adornado lujosamente con estandartes, laureles é inscripciones, y en el centro se puso una mesa con charolas de plata, donde estaban las condecoraciones.

La fecha histórica del 5 de Mayo estaba entre las columnas céntricas del templete, y el nombre de Zaragoza se encontraba en todos los lemas.

Desde las seis de la mañana los cuerpos del ejército tomaron su colocación, y el pueblo aguardaba al primer magistrado de la nación que debía presidir la augusta ceremonia.

Los edificios públicos y multitud de casas se hallaban adornados con un gusto exquisito; Puebla se ponía sus vestidos de fiesta y se ostentaba en su hermosura deslumbradora, que la hacen célebre entre las ciudades más bellas del Nuevo-Mundo.

Puebla es una ciudad de lujo: cortesana, es coqueta y encantadora, se atavía de perlas y brillantes, se ciñe de flores, se satura de aromas y hamedece su limpia frente con las aguas purísimas del Atoyac: anacoreta, las nubes del cielo se posan á sus plantas, una corona de estrellas ciñe su inmortal cabeza, y los serafines la dan sombra con sus alas de púrpura salpicadas con el rocío del cielo.

La Minerva indiana tiene la armadura del arcángel, y una cascada de bucles cae bajo su gorro de acero, donde reverberan los ardientes rayos del sol.

De pié sobre las cumbres de sus montañas, ha esperado á sus adversarios, y si ha caído alguna vez sobre la arena, ha arrancado un aplauso de su enemigo, porque al desplomarse, lo ha hecho en apostura digna y académica, como los gladiadores antiguos en el anfiteatro griego.

IV.

La artillería anunció que el Presidente salía del palacio de gobierno en dirección á la plaza, donde se efectuaría la repartición de medallas.

El general Ortega, que hacía los honores, el gabinete, la comisión del congreso y multitud de personas distinguidas de la República, formaban el séquito de Juárez.

Tomó asiento el presidente después de saludar al ejército y

al pueblo que no cesaba de victorearle, y comenzó la ceremonia.

Las músicas y los clarines se apagaron instantáneamente, Juárez se levantó solemne y habló en nombre de la patria:

—“Soldados! Vengo á saludaros en nombre de la patria que tan gloriosamente habeis servido; vengo á felicitaros por la espléndida victoria que lograsteis contra los enemigos de la independencia nacional: vengo, en fin, á condecoraros con las insignias que la república os ofrece para premiar vuestro valor y vuestras grandes virtudes.

Disputando el paso al enemigo en las Cumbres de Acultzingo y defendiendo esta hermosa ciudad, habeis excitado la gratitud y la admiracion del país entero, cuyo nombre habeis levantado á la vista de todas las naciones.

El 5 de Mayo érais pocos, y sin embargo, quebrantasteis la soberbia de tropas vencedoras en batallas de alta nombradía. Despues han venido de toda nuestra tierra, millares de guerreros, dignos de vosotros, y unidos, alcanzareis nuevos laureles y hareis inmortal el ejército de Oriente.

Soldados: llevad con noble orgullo sobre vuestros pechos valerosos las medallas que hoy recibís y que os recordarán á un tiempo vuestros ilustres hechos y la grande y buena patria que debeis salvar á todo trance.

Vencedores del 5 de Mayo, defensores todos de la independencia nacional, un enemigo injusto nos trae la guerra y avanza ya sobre nosotros, porque nos cree débiles y degradados; aprestaos al combate y probad al orgulloso invasor que México vive, que México no sucumbirá al capricho de ningun poderoso; porque defiende la causa de la justicia, de la civilizacion y de la humanidad, y porque cuenta con hijos leales y valientes como vosotros.

Soldados de Zaragoza, vosotros no empañareis la gloria que á sus órdenes alcanzasteis, teneis su ejemplo que os alentará en

el combate, y teneis al frente al vencedor de Silao y de Calpulalpam que os conducirá á la victoria.

Soldados: Viva la independencia!”

Catorce mil combatientes respondieron en un eco unísono á la voz del primer magistrado.

Negrete, el defensor del baluarte de Guadalupe, se avanzó á la tribuna, y con voz terrible y conmovedora, gritó á sus soldados:

—Compañeros de armas, juremos cumplir con los deberes que la República nos impone!

—Lo juramos! clamaron á una voz aquellos hombres, reconociendo el acento vibrante de su general.

Ocuparon la tribuna sucesivamente, Hernandez y Hernandez, Guillermo Prieto y Joaquin Alcalde, á quien el aura popular ha convertido en heraldo del sentimiento patrio.

Una jóven poetisa, la Srita. Olivares, mezcló su acento encantador en una bellissima poesía á aquella fiesta cívica y de recuerdos.

La mano de la belleza ha depositado siempre los laureles en la frente del vencedor, y en ese dia memorable acudió á engalanar el pecho del soldado con las insignias del reconocimiento nacional.

La Sra. Juárez, cuyo corazon converge hácia lo grande y generoso; la Sra. Mata, hija del mártir de Pomoca; y la Sra. Blanco, esposa del ministro de la guerra, iban prendiendo al pecho de los soldados las cruces de las jornadas de las Cumbres y de Puebla.

Concluida aquella solemne reparticion, el ejército desfiló en columna al son marcial de las músicas militares, ostentando aquellas banderas que mas tarde empaparian con sangre en los campos de batalla.

V.

A las siete de la noche, la multitud se dirigía al teatro, cuyas localidades quedaron ocupadas.

Guilebaldo Aguilar llevaba á su *costilla*, es decir, á Isabel Torre-Mellada, con quien se habia desposado hacia tres meses, sin consentimiento del padre, porque el inválido no habia ocurrido al correo y en la oficina ignoraban la casa de su habitacion.

Guilebaldo estaba, pues, en la *luna de miel*, y llevaba á todas las diversiones á su esposa, que estaba satisfecha y contenta de su marido.

La noche del 4 de Diciembre tomó dos lunetas y las ocupó luego que se abrieron las puertas del teatro.

Guilebaldo llevaba una gran levita como de médico extranjero, y un sombrero negro piramidal como un monumento.

Isabel le habia dado el lazo de la corbata en figura de paloma con las alas abiertas.

El chaleco tenia lo ménos diez docenas de botones, y una cadena de reloj mas fuerte que los eslabones de hierro de las de Catedral, que agobiaba verdaderamente al recién casado.

La levita era color de pasa, el chaleco de terciopelo morado, los pantalones color de albaricoque, y lo mas asombroso y difícil para el mancebo, lo irrealizable, lo quimérico, un par de guantes de hilo blanco que su *costilla* le calzó contra el torrente de su voluntad.

Las manos de Guilebaldo parecian dos almohadas de hospital, el mancebo se las veia con frecuencia y no atinaba donde ponerlas.

—Y si me ocurre rascarme, cómo me las gobierno? preguntó á su esposa.

VI.

—Yo te rascaré, Guilebaldo; además, que es falta de educacion.

—Sí, esposa mia, las pulgas no la conocen ni por el forro.

—Calla, hombre!

—Callo.

Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez se situaron en la galería entre la clase de tropa, merced á unos billetes que les regalaban; porque sus fondos estaban en baja.

Hemos dicho que el teatro estaba completamente lleno, y la concurrencia comenzaba á impacientarse porque el Presidente no parecia.

—El Sr. Juarez, dijo Gonzalez, estará echando brándis en el banquete de Palacio, mientras nosotros nos fastidiamos soberanamente.

—Como que han llevado mas vino que á una cantina, se me ha hecho agua la boca, amigo mio, la cena ha estado succulenta como las de Eliogábalo.

—Yo queria ir en comision por si pillaba un asiento, pero el conserje me pidió la tarjeta y tuve que retirarme con cajas destempladas.

—Yo, dijo Felipe Cuevas, concurrí á varios convites en los Estados-Unidos, allí sí que tenia asiento en todas las mesas.

—Hombre, en todas?

—Sí, en todas las de las fondas.

—Ya, para esas gracias!

—Pues no es tan sencillo, hay hoteles donde se entra con billete.

—No hablemos de convites porque estoy que me lleva el diablo con el de esta noche.

—Hola, nuestra antigua novia está allí con el bruto de su marido.

—Sí, él es, es Guilebaldo con la cruz del matrimonio, no hace mal papel comiendo caramelos en plena luneta.

—Como viene del rancho.-----

—Y no está fea Isabelita.

—Soy de la misma opinion, es un ataque que aplazo para el menguante de la luna de miel.

—Guilebaldo es capaz de hacer una barbaridad.

—Como que las hace todos los dias.

—Y qué ha pasado con la Doña Juliana?

—Se enamoró de ese prisionero frances que ha desaparecido.

—Siempre le dió por los efectos extrangeros.

—Y por las desapariciones.

—Pero este señor Juarez no parece, los dos palcos del proscenio y el del centro están desocupados.

—Se destinan á la aristocracia de la democracia.

—Ocupémonos en algo, ¡música! ¡música!

El grito del estudiante fué un respiradero á la pesada atmosfera del fastidio, y de todos los ángulos del teatro salieron mil voces repitiendo:

—¡Música! ¡música!

Los individuos de la orquesta se cruzaron de brazos.

Siguió la barahunda, sin que la guerrilla musical se diese por entendida.

Entónces Santiago Gonzalez gritó:

—¡Silencio! ¡silencio!

La multitud obedece instintamente la primera voz que se sobrepone.

Cuando se apaciguó el huracán, el estudiante se levantó y dijo con acento claro:

—Señores, que elijan los músicos, *cojines* ó *sinfonía*?

—Cojines! cojines! gritaban de todas partes, y ya muchos de

los oficiales habian tomado los de sus asientos para arrojarlos á los desgraciados filarmónicos, cuando éstos comenzaron tranquilamente á templar sus instrumentos.

Un aplausó resonó como un golpe de agua en un tejado.

VII.

El inválido Torre-Mellada estaba muy cerca de su hija, sin que se hubiesen apercibido de ello, ni él, ni los felices esposos.

—Cuevas, querido Cuevas, dijo Santiago Gonzalez, va á haber una de los demonios, mira, mira.

—Qué, hombre? ya, ya sé, á aquella vieja que trae el peineton del tiempo de Iturrigaray.

—No es eso.

—Sí, sí, al regidor que trae el baston de Netzahualcoyotl.

—Tampoco.

—Pues á aquella señora de las cintas de mil colores, á quien parece la han banderillado.

—No me comprendes.

—Entónces será aquel vejete de los cuellotes y el gran frac del primer imperio.

—Cerca le andas.

—Pues será la jamona que pone los ojos en blanco y hace mas visajes que un epiléptico.

—Un poco mas allá.

—Ah!----- ah! ya le ví, Dios santo, aquí se encontró toda esa familia de antropófagos, el inválido, el que te plantó el mulatazo, el que-----

—Sí, hombre, no hay necesidad de recordar esos lances, ya la muchacha pasó á mejor vida y pax Christi.

—Pero ese tigre de la Hircania va á cometer un homicidio con Guilebaldo.

—El mancebo es robusto como un roble, y no se dejará manosear los bigotes.

—Ya veremos en el momento de la crisis.

—Pero estos músicos no acaban de templar!

—Cojines! volvió á gritar Santiago Gonzalez.

Instantáneamente los músicos tocaron los *cangrejos*.

La música de viento del pórtico, dejó oír una marcha, la que anunciaba la llegada de Juarez.

Abrióse la puerta del palco y se dejó ver el presidente, que fué saludado con el mismo entusiasmo que en la mañana.

La orquesta cambió la sonata popular con una obertura horrosa, con tremolo y *florituri* abominables; pero que aseguraban ser de mucho mérito.

Calló aquella batahola, el director de escena dió el toque de llamada, sonó el pito del apuntador, levantóse el telon y comenzó el espectáculo.

VIII.

Iba corrida la mitad del acto primero, cuando en el palco de la derecha del proscenio se dejó ver la bellísima Eloisa Mons y la sin par Amalia Brown.

Las dos jóvenes traían trajes y tocados iguales.

Unos vestidos de crespon blanco como grumos de espuma adornados de encajes triples, llevando en el peto una camelia roja y en el peinado otra del mismo color.

Las dos jóvenes estaban pálidas y resplandecientes de hermosura.

Levantóse un murmullo de admiración en la luneta y todos los anteojos se dirigieron á las dos amigas, que sostuvieron aquella mirada incisiva y simultánea con una serenidad encantadora.

En el fondo del palco se hallaba el señor Mons y el estudiante Mondoñedo.

—Demonio! dijo Cuevas, nuestro colega no se da con una piedra en los dientes.

—Ya lo creo, como que las chicas son lindas como unas estrellas.

—Esa es comparacion muy vieja.

—Pero exacta; además, que no se trata de un discurso académico.

—Si te pusieran á elegir, querido, á cual de las dos te inclinarias?

—Francamente.... á las dos; aquí sí era mano de volverse mormon.

—Opino lo mismo, amigo mio, las dos chicas son de *primo cartello*.

—La esposa de nuestro presidente sí que es una figura arrogantisima.

—Ya lo creo; y dicen que con su capacidad y virtudes domina á don Benito.

—Puede ser; pero á Juarez no lo influye ni Dios ni el diablo.

—El molde en que se vació el alma de don Benito, lo deben romper, porque dos Juarez son mucho para un siglo.

—Diera Napoleon un ojo de la cara porque cargaran con él todos los diablos.

—Ya lo creo; pero Juarez es capaz de llevarse á él y á todos los demonios.

—Yo creo que los tiene dentro.

—Eso dicen las viejas.

—Mira, mira, en el palco izquierdo del proscenio aparecen unos personajes que me son enteramente desconocidos.

—Deben ser extranjeros.

—De ello tienen facha.

Efectivamente, dos extranjeros tomaron los asientos de-

lanteros del palco, mientras que otro personaje se recataba en el fondo, permaneciendo embozado hasta los ojos.

IX.

Guillermo Prieto, con el cabello alborotado en donde comienzan á aparecer las primeras escarchas de la edad, se presentó á leer una poesía arrebatadora que electrizó á la multitud que llenaba los ámbitos del teatro.

Prieto tiene un timbre magnífico y una entonacion admirable que le ha conquistado el primer puesto entre los poetas de América.

Felipe Cuevas rompió su baston contra la barandilla y Santiago Gonzalez tenia inflamacion de manos y anginas de tanto gritar.

Al concluir Guillermo Prieto su composicion, el inválido Torre-Mellada se volvió hecho un tigre hácia Guilebaldo, que en un raptó de entusiasmo lírico habia echado á volar su sombrero, que cayó de canto sobre la calva del brigadier.

Nuestros lectores conocen el carácter *benigno* del padre de Isabel.

Levantóse el viejo con muleta en mano y se dirigió contra el mancebo, cuando fijó sus chispeantes ojos sobre Isabel, y se quedó petrificado como la estatua del comendador.

Isabel se fijó en el brigadier, y dijo:

—Mi padre!

El viejo gritó:

—Mi hija! este vándalo es el raptor! y descargó sobre Guilebaldo la muleta.

—Lo dije! exclamó Felipe Cuevas, ya ese cafre hizo una segunda edicion del muletazo con que me regaló la noche del raptó.

Guilebaldo se sintió herido en un omóplato, entonces el mancebo intrépido se lanzó como un búfalo sobre el inválido, jurando arrancarle las orejas ó lo que primero le viniera á las manos.

Isabel tiró á Guilebaldo de los inmensos faldones de una levita colosal que habia estrenado la noche de su boda, y gritaba con todas sus fuerzas:

—Detente! detente! es mi padre!

—Suéltame la cola! suéltame la cola! clamaba Guilebaldo forcejeando como un gallo en los primeros careos.

La autoridad tomó parte en la reyerta, los estudiantes de la galería palmoteaban, las señoras de los palcos se levantaban asustadas, las viejas creian que los franceses atacaban el teatro, y la confusion mas grande comenzaba á reinar en todos los departamentos.

La policia sacó en son de guerra á los beligerantes, y el inválido Torre-Mellada, despues de una larga esplicacion, reconoció á su yerno en presencia de las linternas de colores, en medio de la policia y la turba de curiosos y bajo el pórtico del teatro principal de la ciudad de Zaragoza.

X.

En los momentos del desórden, el caballero que permanecia embozado en el fondo del palco, se descubrió precisamente cuando Eloisa dirigia sus brújulas hácia ese lado.

Instintivamente la señorita Amalia Brown volvió su mirada al mismo punto, ambas reconocieron al personaje y dieron un grito simultáneo.

El embozado desapareció, y el estudiante Mondoñedo dijo irrito: